

Imprimir

La táctica del Frente Amplio “hasta que duela” ha abierto una crisis en la izquierda. Una crisis peligrosa y desintegradora que Lula, al parecer, está subestimando. Alckmin nunca podrá ser un vicepresidente decorativo. El nombramiento de Alckmin no sólo fue un movimiento especulativo, sino que parece un hecho consumado, una realidad, algo concluido, irrevocable o irremediable. En otras palabras, un ultimátum para la izquierda.

Un ultimátum es una maniobra política extrema. El extremo es algo muy serio. Los ultimátums pueden ser explícitos o implícitos. De ello se deduce que la presentación de un ultimátum es una decisión definitiva, o una última advertencia, tras la cual no habrá negociaciones. La idea de que Lula es tan poderoso que puede presentar ultimátums es un cálculo apresurado. El afán de llegar al poder a cualquier precio es fatal. Las acciones producen reacciones. El liderazgo no debe ser caudillismo.

El reto político de 2022 es inmenso. El bolsonarismo no es sólo una corriente electoral de extrema derecha. Bolsonaro no sólo es un espantapájaros demagógico y autoritario. El bolsonarismo es neofascista, y Bolsonaro aspira a la subversión bonapartista del régimen.

Quienes entienden este desafío, y reconocen la legitimidad de Lula, se enfrentan a la necesidad de luchar por un Frente de Izquierda, hasta el último minuto, en las elecciones desde la primera vuelta. Pero esto no significa que la izquierda pueda aceptar ultimátums de que las alianzas y el programa serán decisiones unilaterales de Lula. Lula puede hacer mucho, pero no puede hacerlo todo.

El caudillismo crea una ilusión óptica. El caudillismo es una perversión autoritaria de la relación de autoridad del liderazgo carismático de las organizaciones populares con las amplias masas. El culto a la personalidad es un recurso demagógico que fomenta la “conexión directa” del candidato que representa a los sindicatos y movimientos sociales. Nadie debe sustituir el lugar de las organizaciones colectivas construidas por decenas de miles de militantes. Esto es un abuso de poder.

Las reuniones de Lula con Aloysio Nunes, dirigente del PSDB asociado a Fernando Henrique

Cardoso, indican una discreta negociación de un gobierno de “concertación nacional” con participación de ese partido. La divulgación por parte de la prensa, en noviembre pasado, de reuniones sobre una posible candidatura de Alckmin a la vicepresidencia junto a Lula se lanzó como una maniobra exploratoria para comprobar posibles reacciones. Una maniobra “exploratoria” es una iniciativa preventiva para anticiparse a los escenarios, o un movimiento que busca evaluar las ventajas e inconvenientes de un reposicionamiento.

Fue una iniciativa sorprendente, porque una alianza del PT con un ala disidente del PSDB, el partido que expresaba, en las últimas décadas, más que ningún otro los intereses de la poderosa fracción paulista de la burguesía, era desconcertante, inusual y sorprendente. También se podría añadir inquietante, algo entre desproporcionado y grotesco.

Desconcertante, no sólo por las diferencias históricas, sino porque el PSDB apoyó, sin disidencias, el impeachment de Dilma Rousseff en 2016. Insólito, porque nada menos que Geraldo Alckmin fue el candidato del PSDB cuando Lula estaba en la cárcel en 2018. Asombroso, porque nadie sabe si Alckmin ha cambiado de opinión sobre algo. Torpe, porque no tuvo en cuenta la opinión incluso del PT. Grotesco, porque es algo entre burlesco y ofensivo empezar a negociar con Alckmin antes incluso de siquiera sentarse, por ejemplo, con el PSol.

Esto es, en primer lugar, un ultimátum al propio PT, que descubrió la articulación a través de los periódicos. Pero también a todas las organizaciones sociales y políticas que construyeron lealmente la campaña Fuera Bolsonaro en torno a un programa común en 2021. Por supuesto, no hay ninguna posibilidad de que este programa de reivindicaciones sea un punto de apoyo para la campaña de Lula/Alckmin. Por último, es un ultimátum al PSol, que, previsiblemente, se opondría.

Un ultimátum obedece a un cálculo de ganancias y pérdidas, de beneficios y daños. Se basa en una evaluación de la relación política de fuerzas. La apreciación que inspira la invitación a Alckmin es que, electoral y políticamente, la candidatura de Lula tiene tal fuerza de arrastre que, aunque se oponga, las fuerzas de la izquierda indignadas por la presencia de Alckmin

serán neutralizadas.

Esta estimación es errónea. Sobreestima los votos potenciales en la clase media que Geraldo Alckmin puede agregar para derrotar a Jair Bolsonaro; sobreestima el compromiso de la parte del PSDB atraída por la gobernabilidad de un gobierno liderado por el PT; y, lo que es peor, señala innecesariamente a la burguesía y al imperialismo norteamericano los límites de un gobierno de Lula.

Pero también subestima la fuerza de los movimientos sociales como el feminista, el negro, el juvenil y el popular, el ecologista y el LGBTQIA+ que han acumulado una larga experiencia con los gobiernos de Alckmin, en São Paulo, y del PSDB, a nivel nacional. Además de despreciar la audiencia del PSol y de la izquierda más combativa, lo que ya ha demostrado ser un grave error en las últimas elecciones, como la de alcalde de São Paulo, en la que Guilherme Boulos llegó a la segunda vuelta.

Evidentemente, las elecciones de 2022 serán cualitativamente diferentes a todas las demás elecciones desde 1989, y debemos tener la máxima responsabilidad. El hecho fundamental es que será una lucha contra un gobierno de extrema derecha dirigido por una facción neofascista encabezada por un candidato a Bonaparte. Durante los últimos tres años la amenaza de la retórica golpista ha sido clara. No se ha abierto un momento de peligro “real e inmediato” de golpe militar, pero hemos estado cerca.

Estamos en enero de 2022, a diez meses de la primera vuelta, y en la coyuntura de este inicio de año, los sondeos de opinión sugieren que Jair Bolsonaro perdería las elecciones frente a Lula, si fueran ahora, quizás incluso en la primera vuelta. Pero ahora no lo son.

Décadas de procesos electorales ininterrumpidos, así como la circunstancia de que se ha producido una fractura en la burguesía y una parte de la clase dirigente, con influencia en la parte más influyente de los medios de comunicación comerciales, se ha pasado a la oposición, pero no han sido capaces de plantear un nombre unificado de “tercera vía”, han generado una mentalidad “facilista”. La facilitación es una trampa mental. La más grave es la

subestimación de los enemigos.

Bolsonaro aún no ha sido derrotado. Y no hay que despreciar el peligro de su reelección: el proyecto de la extrema derecha es imponer una derrota histórica a los trabajadores y a la juventud. Sin la desmoralización de una generación en las clases populares no será posible abrir el camino para llevar la recolonización de Brasil hasta el final, y esta inversión de la relación social de fuerzas requiere la destrucción de las libertades democráticas.

Es un grave error restar importancia a las diferencias que existen entre los distintos regímenes burgueses. No es lo mismo una democracia liberal-presidencialista que un régimen bonapartista-presidencialista. Los dos son burgueses, pero diferentes. Una democracia burguesa es superior al bonapartismo.

La fuerza electoral de Lula, mucho mayor que el peso político de la izquierda, pero expresión de la potencia social de la lucha de los trabajadores y explotados, es clave en la lucha contra el bolsonarismo. Pero la explicación del prestigio de Lula descansa, en primer lugar, en la construcción del PT. No al revés. No se puede explicar la inmensa expectativa casi mesiánica de su autoridad política al margen de la historia del PT. Sin el PT, el lulismo no existiría. Sin el PT, Lula no habría podido superar a Leonel Brizola en las elecciones de 1989, y la segunda vuelta contra Fernando Collor de Mello fue decisiva para su posterior proyección nacional.

En la actualidad, la dinámica de la relación se ha invertido cualitativamente. El PT depende de Lula. No hay razón para no recordar que la formación en 1979/80 de un PT sin patrones, que evolucionó rápidamente para influir en las masas de las grandes ciudades del estado de São Paulo, dirigido por un líder de la huelga metalúrgica, sin relaciones internacionales sólidas, fue un fenómeno político admirable pero imprevisible. El PT no fue un accidente histórico, pero sí una sorpresa. En la tradición marxista un accidente histórico es un fenómeno accidental o transitorio, por lo tanto efímero.

A finales de los años 70, la mayor parte de la burguesía brasileña y los dirigentes políticos de la dictadura aún temían seriamente el espacio político que el PCB, por un lado, y Brizola y

Miguel Arraes, por otro, podrían ocupar cuando llegara la amnistía. Era la etapa histórica de la Guerra Fría. Era una época de anticomunismo primitivo.

Había algo formidable y emocionante, pero también algo terrible en la historia del PT. Por utilizar el vocabulario acuñado por los clásicos griegos, tuvimos el momento épico, el trágico e incluso un poco de comedia en la trayectoria en la que el petismo se transformó en lulismo.

El PT fue el mayor partido de la historia de la clase trabajadora brasileña en el siglo XX. En los años 80, Lula y la dirección del PT (que organizó la corriente de la Articulación) fueron capaces de entusiasmar a un partido que en diez años pasó de ser una organización de unos pocos miles a cientos de miles de militantes. Y se pasó del 10% de los votos en 1982 para gobernador en São Paulo (y menos del 3% de media en los demás estados), a una segunda vuelta muy ajustada en las elecciones presidenciales de 1989, contando sólo con las aportaciones voluntarias.

El PT de 2022 es, por supuesto, otro partido, aunque la fracción dirigente es, esencialmente, la misma. En cuatro décadas, el PT eligió a muchos miles de concejales, algunos cientos de diputados estatales y federales, gobernó más de mil municipios, muchos estados y cuatro mandatos en la Presidencia Presidente de la República.

El PT de 2022 es la máquina electoral más profesional de Brasil, por tanto, integrada en las instituciones del régimen. Paradójicamente, la autoridad de Lula no ha disminuido. Por el contrario, nunca ha sido mayor. Tan grande que su liderazgo amenaza al propio partido, al sustituirlo.

Valerio Arcary, Historiador, militante de la corriente Resistencia/PSOL, columnista de Esquerda Online.

Fuente: <https://www.sinpermiso.info/textos/brasil-el-ultimatum-de-lula>

Foto tomada de: Latinoamérica 21